

Existen dos tópicos por los cuales pasan gran parte de los debates en la academia de hoy que se consideran íntimamente relacionados, el primero hace referencia a la dinámica curricular y los cambios en el entorno del ejercicio profesional del contador público, y el segundo será el objeto del presente trabajo: la ética como eje transversal en la formación del contador público. Se considera que uno no se entiende sin el otro, y si bien por razones de espacio no se abundará en el desarrollo del primero, se dejará planteada la relación. A través de la historia la relación entre contexto y disciplina ha quedado manifestada¹. De esta relación bidireccional pueden elucidarse aquellas implicancias que impactan en la profesión. En la actualidad, un mundo devenido en global, la irrupción de la informática, la velocidad de las comunicaciones, las relaciones económicas y sociales, complejas y contradictorias, permite afirmar que se requiere del desarrollo de capacidades, habilidades y aptitudes que permitan adaptarse a ese contexto, pero todos esos cambios no explican por sí solos cómo actuar, y tampoco por qué con tantos avances ocurren crisis como las acaecidas recientemente o todavía persisten intolerables desigualdades ¿es este el ámbito del debate ético?. El entorno descrito anteriormente demanda un currículum que permita aprender a trabajar de manera interdisciplinaria, saber aprovechar los recursos tecnológicos, ser flexible a los cambios, poder manejar la complejidad no rechazando las contradicciones, pero que a la vez fomente el surgimiento de un nuevo compromiso, el que surge de actuar con responsabilidad. Para que esto ocurra, no sirve sólo pensarlo como el cumplimiento de normas establecidas; sino, que se requiere de cambios más profundos. Son necesarios profesionales que sean capaces de comprender la realidad en la cual se desenvuelven, con todos los actores involucrados y fundamentalmente poder hacerse los cuestionamientos inherentes a la elucidación ética, aquellos que en definitiva le permitan responder si podrán hacerse cargo o no de sus acciones. Pensado de esta forma, no es suficiente tampoco la inclusión de una materia específica, sino que se perfila necesario incluir el debate ético a lo largo del desarrollo de la carrera. Con el fin de encontrar aquellos espacios que lo propicien, se intentará presentar algunas de las discusiones que se entienden son determinantes para motivar la reflexión, tratando de relevar fundamentalmente al hacer ese recorrido las preguntas que perfilan cada ámbito de debate, para luego así hallar en el currículo las áreas que permitan incluirlas.

2. La ética y su relación con las ciencias económicas²

El propósito de esta primera parte es tratar de mostrar algunos de los temas que construyen la relación entre ética³ y mundo económico, para lo cual se analizarán autores considerados claves, de distintas épocas. Junto a ellos se intentará dimensionar qué implica hablar de ética en la economía. Inmersos en la modernidad, se verá junto a Weber el rol fundamental que él asigna a la ética protestante para el desarrollo del capitalismo occidental, afirmando de esta manera la existencia de la relación entre ética y economía. La sociedad actual, mediados del siglo XX en adelante, se

¹ Para la justificación de esta afirmación puede remitirse a Miletí, Aquel et al. (2008)

² Se sigue en este punto la línea argumentativa del texto de Aquel (2004)

³ A los fines del presente trabajo se entiende que si bien “Ética y moral son dos términos que suelen diferenciarse. Desde una perspectiva, la ‘moral’ se considera el conjunto de normas, valores, actitudes, creencias de un grupo o sociedad; en cambio, la ‘ética’ alude a la reflexión sobre la moral y equivale a la filosofía moral. En la tradición hegeliana, la ‘moralidad’ es abstracta y está encerrada en la conciencia, y la ‘eticidad’ es la moralidad encarnada en un pueblo en vinculación con un orden político. También se suele otorgar una connotación individual a la moral y social a la ética” Heler (1998: 58), en coincidencia con el autor se utilizarán como sinónimos en el presente trabajo.

abordará desde dos autores, por un lado se interpretará el pensamiento de Daniel Bell, con su perspectiva de decadencia de la moral y la disyunción entre el ámbito de los valores y el económico y su resultante negativa, y por el otro lado, se analizará la crítica que Helmut Dubiel plantea a esta postura, avanzando hacia la confirmación no sólo de la existencia de la relación, sino de la naturaleza estratégica que toman los valores cuando se los vincula con la actuación económica. Por último, se trabajará sobre una conferencia de Amartya Sen que resume su postura frente a los valores y su relación con el progreso económico, de igual modo se tomará en cuenta el trabajo de Agni Vlavianos-Arvanitis, presidenta y fundadora de la Organización Internacional de Biopolítica, que desde su visión de precursora en biopolítica dará lugar a la reflexión del rol de la ética cuando la preocupación es el bios- vida- en nuestro planeta. El común denominador de este recorrido será entonces plantearse la cuestión del papel de la ética en la economía, instando al profesional del área de las ciencias económicas a hacerse preguntas tales como: ¿pueden los valores otorgar un marco explicativo de la actuación económica?, ¿existen contradicciones o correlaciones entre el ámbito económico y el cultural?, ¿pueden hacerse análisis económicos que integren al hombre en su dimensión completa, inclusive en su relación con el medio ambiente?

2.1. La ética en la economía capitalista

En *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1999), Weber intenta demostrar la existencia de la relación entre ética y economía dentro de la premisa de que fue el espíritu del ascetismo cristiano quien engendró uno de los elementos constitutivos del moderno espíritu capitalista, y no sólo de éste sino de la misma civilización moderna: la racionalización de la conducta sobre la base de la idea profesional. Su búsqueda era determinar la influencia de ciertos ideales religiosos en la formación de una “mentalidad económica”, de un “ethos económico” que permitió integrar a la categoría de profesión a un tipo de conducta sin más finalidad aparente que el enriquecimiento. En su análisis, independientemente del ámbito técnico y económico de la producción, existen determinadas características del orden social que condicionan la aplicación del conocimiento científico en orden de la obtención de resultados económicos. En este sentido, Weber analiza dos momentos, uno donde el capitalismo como orden económico representa un cosmos extraordinario, en el cual el individuo nace y ha de vivir y al que, al menos en cuanto individuo, le es dado como un edificio prácticamente irreformable. En esta situación, el capitalismo crea, por la vía de la selección económica, los sujetos, empresarios y trabajadores que necesita. El otro momento es el origen del capitalismo, aquel en el que se “selecciona” el modo de obrar más adecuado a su esencia, y ese modo de obrar proviene no de los individuos aislados, sino que emana de un grupo de hombres. Weber encuentra en la ética del protestantismo ascético su más consecuente fundamentación. Desde esta mirada se desvía la connotación negativa del amor por las riquezas hacia el uso irracional de aquéllas, no condenándose por lo tanto el lucro racional⁴. Y este lucro era racional en tanto fruto del trabajo profesional, conteniendo la valoración ética de éste, ya que constituía el medio ascético superior y era la comprobación absolutamente segura y visible de regeneración y autenticidad de la fe. Así entendido, constituía para Weber la más poderosa palanca de expansión de la concepción de la vida que dio lugar al llamado “espíritu del capitalismo.” Este espíritu daba las bases para la formación de la conducta burguesa y racional. El empresario burgués podía y debía guiarse por su interés de lucro, si poseía la conciencia de hallarse en estado de gracia y de sentirse visiblemente bendecido por Dios, a condición de que se moviese siempre dentro de los límites de la corrección

⁴ Weber al describir este modo de obrar protestante, implícitamente lo está contraponiendo al católico

formal, que su conducta ética fuese intachable y no hiciese un uso inconveniente de sus riquezas. Además, el empresario contaba con trabajadores que consideraban al trabajo como “un fin de la vida querido por Dios” y no tenía el peso de la desigualdad en la repartición de bienes, ya que esto era obra especialísima de la providencia divina. Por lo tanto, según su tesis existió una correspondencia histórica entre una ética económica determinada por la cultura religiosa y las necesidades funcionales del orden económico; correspondencia que dio origen a la legitimación de conductas que impulsaron el desarrollo del capitalismo racional moderno. Desde esta perspectiva, se resalta la función expansiva “de palanca” que supone la existencia de una racionalidad basada en valores compartidos, la cual en definitiva genera los impulsos prácticos para la acción. Ahora bien, si a la sociedad moderna le correspondió como forma de organización económica el capitalismo y éste encontró su impulso en la ética racional del protestantismo ascético, ¿qué ha ocurrido después?

2.2. La ética en la sociedad actual

Daniel Bell, por ejemplo, reparará en las contradicciones ocurridas desde que deja de producirse esa concordancia entre cultura y economía. En su libro *Las contradicciones culturales del capitalismo* (1987), argumenta que los principios del ámbito económico y los de la cultura tironean al individuo, llevándolo en direcciones opuestas. Esto lo atribuye a la disyunción entre el tipo de organización y las normas que exige el ámbito económico y las formas de autorrealización que son ahora esenciales en la cultura. Para poder llegar a esta conclusión, Bell trabaja concibiendo a la sociedad contemporánea como una sociedad formada por tres ámbitos distintos, estos son el tecno—económico, el orden político y la cultura. Bell atribuye a las discordancias entre estos ámbitos la responsabilidad de las diversas contradicciones de la sociedad, y le asignará a la cultura el papel conciliador.

Así definidos, Bell discierne las fuentes estructurales de las tensiones en la sociedad entre el orden tecno—económico que estructura a la sociedad en forma burocrática y jerárquica, un orden político que proclama igualdad y participación, y la cultura que se interesa por el reforzamiento y la realización del yo y de la persona “total”. Durante el desarrollo del capitalismo fue la ética protestante quien puso freno al impulso económico, reprobando la acumulación suntuaria. Cuando esta ética fue apartada de la sociedad sólo quedó el hedonismo, y esto no lo logra el modernismo sino el propio capitalismo, con la producción y consumo masivos por la creación de nuevas necesidades y por la posibilidad de obtener gratificaciones inmediatas a través del crédito. Para Bell, históricamente la cultura se ha fundido con la religión, y le asignará a ésta el rol de atemperar las tensiones entre los distintos ámbitos: “lo que la religión puede restaurar es la continuidad de las generaciones, volviéndonos a las circunstancias existenciales que son el fundamento de la humildad y el interés por los otros” (1987:40). Es decir, con Weber podía establecerse esta relación entre ética y orden económico con la conformación de un ethos económico resultante de la correlación histórica entre las necesidades del sistema económico y las motivaciones impulsadas por el protestantismo; relación que favoreció la expansión y desarrollo del sistema capitalista. Daniel Bell ratifica la existencia de esta relación, afirmando que cuando no existe esta correlación histórica, cuando existen contradicciones y tensiones, esto da como resultante una debilidad en el sistema.

Según Bell, a la sociedad postindustrial le corresponde como forma de organización el capitalismo tardío, legitimando la obtención de ganancias ya sin ningún freno o coto dado por la religión. Los

impulsos prácticos para la acción provendrán del hedonismo, la idea del placer como modo de vida se ha convertido en la justificación cultural si no moral, del capitalismo. Helmut Dubiel planteará en su libro *¿Qué es el neoconservadurismo?* (1993), que pasados los vestigios de la sociedad tradicionalista, la sociedad burguesa no tuvo frenos y terminó siendo lo que es. Gráficamente, definirá a la modernización de la sociedad en cuanto a los fines del mercado, alimentándose parasitariamente de una moral social, que no se produce en el interior de sus legalidades funcionales. Puede verse entonces que en su crítica no desestima la relación entre ética y economía, sino que desde su óptica los valores han tomado la forma de insumos para el sistema económico: el mercado y la administración se comportan respecto a esos contenidos morales como la gran industria con los combustibles fósiles: Son quemados en el curso de su expansión. Al analizar los fundamentos de su afirmación, lo primero que se encuentra en Dubiel es la crítica a la dicotomía viejo = bueno, nuevo = malo y la desestimación de toda sugestión de un “umbral de una época”. Lo primero porque sostiene que se ha sido subjetivo o parcial al seleccionar los aspectos positivos de lo viejo y lo negativo de lo nuevo, por ejemplo, ve que no se ha reparado en las posibles diferenciaciones, las ganancias culturales, los espacios más amplios de autodeterminación de la llamada era postburguesa, y que se ha ocultado de la misma forma que las partes desintegradoras y destructivas de la cultura de la racionalidad burguesa. Lo segundo; es decir, el rechazo a la idea de un umbral de una época, porque él no ve como Bell que exista una nueva cultura basada en aparentes nuevos intereses; sino que sostiene que estos intereses sólo representan la actualización de principios de valores ya existentes de la sociedad burguesa. Para Dubiel, el hedonismo consumista, el culto del individuo y el descontento permanente frente al status no implica el fin del sistema de valores burgueses, sino su “triumfo masificado”. Es de esperar que si desestima las premisas con las que trabaja Bell, también diferirá en las conclusiones. Si para Bell consistía, primero en otorgarle la connotación de decadente a la cultura postburguesa, imperio de oscuridad cultural y moral caracterizado por la avaricia sin límites, de culto a lo banal y feria de vanidades; segundo en afirmar que estos síntomas de la actual cultura burguesa no son útiles para el sistema de valores de una nueva sociedad, ya que al estar el individuo centrado en sí mismo es incapaz de ser sociable, entonces la cuestión para él es llegar a un conjunto de reglas normativas que traten de proteger la libertad, recompensar las realizaciones y fortalecer el bien social dentro de las limitaciones de la economía. En cambio Dubiel ve este destino de la cultura en la modernidad, entendido como el alejamiento definitivo de las tradiciones impuestas y aceptadas autoritariamente, como una posibilidad histórica de autodeterminación política-cultural.

2.3. La ética y su poder explicativo de los fenómenos económicos

En la conferencia brindada en oportunidad de la concesión del Premio Internacional Catalunya, Amartya Sen (2000), se refiere al tema de los valores y su vinculación con el ámbito económico, afirmando que no ha sido aún trabajado en profundidad por los profesionales de su área y ofrece su visión al respecto. Sen comenzará también con Max Weber, diciendo que se tiene una deuda de gratitud con él, pero desde su óptica no por las respuestas dadas en su tesis expuesta en la Ética protestante y el espíritu del capitalismo, sino por el hecho de sugerir una buena pregunta. Pregunta que retoma en esta conferencia y que formula de la siguiente manera: ¿Tienen los valores relevancia alguna para explicar la actuación económica? Su respuesta será un rotundo sí, y argumentará dicha afirmación en primer lugar desde Adam Smith. Para Sen lo expresado por Smith, en su libro *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, en lo concerniente a la

búsqueda del interés propio sólo constituía una motivación para el intercambio, pero de ninguna manera era lo único necesario para la prosperidad del comercio. En Smith lo encuentra en aquello que calificaba como simpatía, generosidad y espíritu público, y en sus propias afirmaciones “el buen funcionamiento de los intercambios y de las manufacturas, de los sistemas de reducción de la pobreza, de las disposiciones del servicio de salud pública y el aumento de la productividad en general dependen todos de las regularidades de las personas implicadas” (2000: 2). Según su análisis, no podría haberse dado el capitalismo con la sola fundamentación en la búsqueda individual de beneficios, considera fundamentales valores tales como la moralidad en el negocio, la credibilidad y el orgullo en el control de calidad. Para Sen los valores no son inmutables y no se han de tomar simplemente como dados. Tal es su convencimiento que dirá: “Si los valores pueden ser explicados, también pueden ser influenciados” (2000: 4). Por lo tanto, para él la importancia de estudiar este tema radica en proporcionar las bases para el examen y la discusión pública de la naturaleza y los méritos de nuestros valores, vinculado al hecho del poder explicativo que tienen éstos al momento de analizar prosperidades y dificultades económicas. Sen intenta colocar a los valores, y en especial a los que constituyen una ética económica, la categoría de estratégicos, ya que pueden explicar el progreso o el fracaso económico; en tal sentido, su propuesta es la realización de investigaciones minuciosas y de culturas particulares para no caer en conclusiones demasiado generales, a su criterio, fundadas por ejemplo en valores occidentales o asiáticos, protestantes o no protestantes.

2.4. La bioeconomía

Ante las amenazas de guerras nucleares y bacteriológicas, el aumento de la pobreza, la exclusión y el fracaso sistemáticos de políticas económicas, resaltan voces de oposición, aquéllas que plantean otra posibilidad. Una representante de estas “voces”, es Agni Vlavianos-Arvanitis, postulada a premio nóbel de la paz por su trabajo en defensa del medio ambiente, quien adopta una concepción biocéntrica, proponiendo exigir respeto y cuidado por el bíos —vida en nuestro planeta— en el centro de toda política estructural. Para quienes sostienen esta postura, la relación entre el ámbito económico y el cultural es íntima, la incorporación de los valores en las variables y análisis económicos es indispensable. La bioeconomía, entendida como el estudio de la relación entre el ritmo de crecimiento económico, el nivel tecnológico y el estado del medio ambiente natural es una manera diferente de concebir el mundo económico, donde no es posible ninguna actividad económica racional si no se tienen en cuenta las interdependencias existentes entre la actividad del ser humano y los sistemas naturales. De esta disciplina será la tarea de redefinir el concepto de riqueza, incorporando no sólo el cuidado de los recursos naturales, sino la valoración de las dimensiones de riqueza interior del hombre, de la protección de la salud, de niveles de vida dignos y de la protección de la bio— diversidad. Para Vlavianos-Arvanitis, la preservación ambiental está estrechamente ligada al progreso económico; por lo tanto ya no es posible desconocer ni omitir como fuente de ganancias genuinas, tanto sociales como comerciales, a las provenientes de la preservación de la belleza y riqueza del medio ambiente o de la aseguración de la salud e igualdades educacionales de la población mundial.

En este caso, la relación en estudio se plantea desde una óptica distinta, se tiende a plantear un cambio en las ciencias económicas. Se plantea que los análisis y estudios económicos han sido incompletos, que han brindado hasta el momento información parcializada, limitándose solamente a reflejar ganancias y productos, tendencias inflacionarias o análisis regresistas de tendencias

bursátiles. Son incompletas porque el efecto de todos estos indicadores en las reservas y calidad de los recursos (capital natural), en el nivel y calidad de vida de las personas afectadas (capital humano), no han sabido ser reflejados. Desde su análisis, esta concepción de las ciencias económicas puede haber sido suficiente en el pasado, pero resulta imposible que esta mirada bidimensional alcance para el futuro: “La figura fragmentada y limitada de la teoría económica necesita ser reemplazada por una visión tridimensional, donde el valor cultural, capital humano, educación, recursos naturales y las especies en general sean un factor en cada diagrama y ecuación” (Vlavianos—Arvanitis, 2001: 58). Sólo a partir de este cambio y sobre la base de estos nuevos principios incorporados a la teoría económica, las políticas para el crecimiento económico y oportunidades laborales a nivel mundial podrán ser efectivas a la hora de abolir la pobreza, deudas externas y el deterioro ambiental.

3. Dimensión ética en la actividad científica

Los juicios de valor en la teoría contable. Las actuales discusiones en materia de investigación contable tienen de trasfondo el debate sobre el lugar que deberían ocupar, si es que deberían ocupar alguno, los juicios de valor. La pregunta pudiera ser ¿qué lugar ocupan los juicios de valor en la investigación contable?, los intentos de respuesta oscilan entre dos extremos, a saber: El sostenido por la Teoría Positiva de la Contabilidad, Positive Accounting Theory, (PAT, según sus siglas en inglés), que postula la no interferencia de los juicios de valor en la ciencia, y el propuesto por los seguidores de la Corriente Crítica Interpretativa (CIV, según sus siglas en inglés), quienes sostienen que la ciencia por definición no puede ser neutral. Si se piensa en el surgimiento de la PAT norteamericana, hay que remitirse a su reacción contra la investigación tradicional, por considerar a esta última excesivamente normativa y por ende poco científica. Como resultado, desde finales de los años sesenta y hasta la actualidad esta corriente propulsa la investigación con orientación rigurosamente estadístico-empírica, obteniendo una gran adhesión. El gran objetivo es convertir la contabilidad en una ciencia pura o positiva. En el aspecto que interesa a este trabajo, esto equivale a decir que no estaría contaminada por juicios de valor. La utilización de esta metodología implicaría alcanzar una verdad objetiva y valorativamente neutra. La PAT vendría a solucionar un problema de la teoría normativa tradicional, y el problema es que esa teoría está plagada de juicios de valor. Para el positivismo, en sus diversas acepciones⁵, si una teoría tiene juicios de valor no puede ser refutada, y por ende no es científica. Por ejemplo, la expresión “dado que los precios suben, debería adoptarse LIFO”, que se corresponde con la teoría normativa tradicional, no puede ser sometida a verificación y/o contrastación empírica, por lo cual debiera mutar a una predicción condicional del tipo “si los precios suben, el método LIFO permitirá maximizar el valor de la empresa”, la cual sí lo permite. Otro ejemplo, es el caso de la escuela ética alemana de dirección y administración de empresa, donde se manifestaba de forma explícita que el objetivo de la política empresarial debería ser la disminución de los costos en lugar de la obtención de beneficios, resultando de este giro un beneficio para el consumidor. Para la PAT no es relevante el valor que contiene esa afirmación, lo

⁵ Con las limitaciones que ello implica, y por razones de espacio, en el trabajo se ubica a Popper como expresión del neopositivismo. Sin embargo, conviene aclarar que ese autor en relación con esa corriente siempre estuvo “cerca de”, pero no siempre “dentro de”. Por otra parte, el método deductivo de contrastación popperiano marca un quiebre con respecto a la postura inductivista del positivismo clásico, la cual postulaba la idea de verificación como medio para alcanzar la verdad científica, que sería una verdad definitiva. Popper propone, en cambio, el método de conjeturas y refutaciones, el cual permitirá alcanzar verdades provisorias

fundamental para ella es que esa afirmación pueda ser verificada o que demuestre su temple. La visión a la que se viene aludiendo ha delineado el paradigma actual de la contabilidad. Quienes intentan provocar una ruptura del mismo son los representantes de la CIV, a la pregunta formulada al comienzo, ellos responden de acuerdo a sus basamentos filosóficos, los mismos se encuentran en Foucault, Derrida, la escuela crítica y la escuela de Francfort (Marcuse, Horkheimer, Adorno y Habermas), últimamente también en Baudrillard. Mattessich (2003), la define como de “base crítica, post estructuralista, deconstruccionista y posmoderna” (2003: 106). La CIV descarta cualquier concepción que proponga la neutralidad de la ciencia. Así se presentará una concepción de la verdad, la razón, la ciencia y la historia en la cual adquiere un protagonismo nuevo la acción humana. Un antirrealismo que la acercará a la adopción del constructivismo social, y un interés especial en las relaciones de poder en el ámbito de la sociedad moderna. Es en medio de este debate teórico, que los hechos conmocionan a los académicos. El impacto que ha tenido en los círculos académicos el escándalo Enron, y asociado a ello la vinculación de la firma Arthur Andersen, no deja de sorprender. Autores como el citado Richard Mattessich (2006), cuando se refieren a esos acontecimientos no ocultan su desolación y clasifican el caso como un punto de inflexión. Lo interesante es ver las dos consecuencias que se derivan de estos sucesos, por un lado todos los autores coinciden en que significó en gran medida la pérdida de reputación de la profesión contable, pero en otro sentido, no menos importante, lograron poner en evidencia la dimensión del rol que juega hoy en día la contabilidad. En función de este doble juego, se cree que la reflexión docente no puede dejar de estar presente. El mismo autor se plantea en este sentido, ciertas preguntas: “¿Qué lecciones podemos sacar de todo esto?, ¿Es necesario revisar nuestras currícula o incluso el enfoque completo de la enseñanza de la contabilidad? ¿O deberíamos redirigir la investigación sobre las bases de la contabilidad, no como un fin sino como un medio, hacia una dirección que nos ayude a resolver los problemas normativos básicos que nos encontramos diariamente en la práctica pero que tan a menudo son desatendidos por los académicos?

4. El lado olvidado

Incorporar la dimensión ética en la formación del contador implica recuperar para ella una visión más integrada de la persona. El intentar separar estos ámbitos fue en gran medida lo que desencadenó en un racionalismo que no puede comprender los sentimientos, las motivaciones, los valores que están presentes también en “el hombre económico”. En el mismo sentido, Morin (2000), advierte que: “la matematización y formalización han desintegrado, más y más, a los seres y a los existentes por considerar realidades nada más que a las fórmulas y a las ecuaciones que gobiernan a las entidades cuantificadas.” (p. 30) Para recuperar esta visión menos fragmentada, se toma la sugerencia de Amartya Sen, quien propone una relectura de un clásico como Adam Smith. De esta manera al retomar a Smith pueden encontrarse hallazgos como el siguiente: “Cuando consideramos el carácter de cualquier individuo lo enfocamos naturalmente bajo dos aspectos diferentes: primero, en lo que puede afectar a su propia felicidad, y segundo, en lo que afecta a la de otras personas” (1997: 377). A partir de allí puede comenzarse a acordar con Sen en el sentido de que sólo ha perdurado una parte de las teorías. Sólo se ha entendido que la prudencia, virtud que impulsa al cuidado de la salud, fortuna, posición y reputación, moviliza al intercambio. Intercambio que tiene como objetivo satisfacer las necesidades de seguridad. Esta concepción no desconoce la necesidad de un comportamiento ético, sino que es justamente éste el que garantiza la continuidad en las relaciones económicas. Amartya Sen lo define como la lúcida comprensión de la propia

conveniencia. Ahora bien, ni las realidades son sólo fórmulas, ni el hombre es sólo interés egoísta, Smith lo explica concretamente de la siguiente forma: “La preocupación por nuestra propia felicidad nos recomienda la virtud de la prudencia, la preocupación por los demás, las virtudes de la justicia y la beneficencia, que en un caso nos impide que perjudiquemos y en el otro nos impulsa a promover dicha felicidad”. (Smith, p. 463). De esto puede deducirse que la virtud de la prudencia no es el único motivador para la conducta de las personas, también existen otras como las mencionadas por Smith, que en ciertos casos actúan como límites para no caer en excesos y desvíos y en otros son genuinos generadores de actos. Recuperar esta concepción integrada de la persona, la cual contempla su preocupación por su propia felicidad y por la felicidad del otro, abre el espacio a una mirada de largo plazo, donde puede comenzar a captarse que no es suficiente con ver claramente la conveniencia de actuar de forma moralmente apropiada, sino que implica recuperar la esencia de la persona, el origen y motivación de su comportamiento que va más allá de satisfacer sus necesidades egoístas, que en muchas ocasiones “sale al mercado” “negocia” o “trabaja” en pos de ese interés ampliado que implica el cuidado de su familia, de su grupo, del que lo necesita. Si puede ajustarse esta mirada que no deja de ser económica, pero que a la vez es mucho más que eso, por no reducir, por no sesgar al hombre, se abre paso a la cuestión fundamental que es la discusión de medios/fines. Esa formalización o matematización (como lo denomina Morin) ha devenido en un racionalismo económico que ha prestado mayor atención a los medios que a los fines. Cuando Weber sentenciaba que el estuche había quedado vacío de espíritu, decía que se había perdido la atención en los fines, cuando decía que las riquezas que deberían haber sido un manto sutil que en cualquier momento se pueda arrojar al suelo, se convirtieron en cambio en férreo estuche, estaba diciendo que el medio se había transformado en fin. Cuando decía que la limitación al trabajo profesional conlleva la consiguiente renuncia de la universalidad fáustica de lo humano, advertía que los fines habían sido mutilados. Bernardo Kliksberg (2002), siguiendo también a Amartya Sen, colabora notablemente a este intento de recuperar la esencia de la economía, diciendo: “La gigantesca obra científica de Sen ha lanzado un llamado de alerta a superar la insensibilidad y la tecnocratización y a tener en cuenta el objetivo final de la economía: el bienestar de la gente” (Kliksberg, 2002: 123). Tan sencillo como no perder de vista este objetivo, tan sencillo como poner al servicio de éste los medios necesarios para alcanzarlo. Tan sencillo como no asignarle más valor, mayor belleza diría Smith, a estos medios que al fin que tratan de obtener.

5. Conclusiones

El descuido o la desatención del lado humano de la actividad económica, es la gran deuda que tienen las aulas, al haber enfocando el currículo casi exclusivamente al ser funcional, a los requerimientos de un mercado demandante de profesionales entrenados en la técnica e hiperespecializados. Para recuperar esa visión más integrada de la persona, y a partir del recorrido propuesto en el presente trabajo, se deducen al menos tres esferas de discusión fundamentales y que el currículo debería recoger:

- a. El rol de la ética en las ciencias económicas.
- b. Dimensión ética de la actividad científica en materia contable.
- c. Dilemas éticos derivados de la relación contexto/disciplina.

En el primer caso, las preguntas que debieran fomentarse ante los alumnos son del tipo: ¿existe relación entre ética y economía?, ¿pueden los valores otorgar un marco explicativo de la actuación

económica?, ¿existen contradicciones o correlaciones entre el ámbito económico y el cultural?, ¿pueden hacerse análisis económicos que integren al hombre en su dimensión completa, inclusive en su relación con el medio ambiente? En el segundo caso, la reflexión debería provenir de cuestionamientos acerca de ¿qué lugar ocupan los juicios de valor en la investigación contable? Por último, no debería faltar la pregunta acerca de ¿cómo actuar, ¿cómo proceder, responsablemente? Por ejemplo, ante el siguiente interrogante, ¿cómo puede hacer Argentina para evitar la paradoja de ser un país con una extraordinaria capacidad de producción de alimentos y a su vez tener chicos que mueran de hambre?, no se está planteando solamente la búsqueda de un nuevo “modelo económico”, se está planteando una discusión de fines. Si esos fines pueden ser re-definidos y la búsqueda de la equidad, por ejemplo, pasa a ser un movilizador de la conducta, el cambio es posible. Por esto la ética es fundamental, porque no son sólo definiciones teóricas, sino que siendo el espacio laico, plural e interdisciplinario, permite la discusión acerca de fines, y si se logra genera los impulsos prácticos para las acciones concretas que modifican o moldean una organización económica. Desde este punto de vista se sostiene que esa posibilidad de debate debe atravesar la formación del contador público. En este sentido, y sin limitar a un currículo particular, habría ciertos lugares de privilegio; uno ocupado por materias de contenido social que preparen al profesional para la comprensión la realidad en la cual deberán desenvolverse, otro lugar ocupado por las prácticas profesionales, las cuales, al incorporar el trabajo de campo, permiten al alumno el contacto con esa realidad; como también la oportunidad de confrontar la teoría con la práctica. En tanto las materias de teoría contable serían una oportunidad de reflexión específica de la disciplina para los dilemas éticos de la investigación científica. Por todo lo expuesto, se considera importante el diseño de un plan de estudios acorde al contexto, pero que preste especial atención a la reflexión y al debate sobre las cuestiones de la ética.

6. Referencias

Aquel, S. (2004). La ética en las Ciencias Económicas. En XI Encuentro de Cátedras de Ciencias Sociales y Humanísticas para las Ciencias Económicas, Lucía Cicerchia compilador, Mar del Plata: Ediciones Suárez.

Bell, D. (1987). Las contradicciones culturales del capitalismo. Madrid: Alianza. Dubiel, H. (1993). ¿Qué es el neoconservadurismo? Barcelona: Anthorpos.

Heler, M. (1998). Ética y ciencia: la responsabilidad del martillo. Buenos Aires: Biblos. Kliksberg, B. (2002). Hacia una economía con rostro humano, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Mattessich, R. (2003). Contabilidad: ¿cisma o síntesis? El desafío de la teoría condicional—normativa. Partida Doble, (144), 104-119.

_____. (2003). Contabilidad: ¿cisma o síntesis? El desafío de la teoría condicional—normativa (II). Partida Doble, (146), 104-106.

_____. (2005). Lecciones de Enron y Arthur Andersen Co. Recuperado de: <http://www.uam.es/departamentos/economicas/contabilidad/doctorado/canibano/24.pdf>

_____. (2006) ¿Qué le ha sucedido a la Contabilidad? Recuperado de <http://externos.uma.es/cuadernos/pdfs/pdf622.pdf>

Mileti, A. et al. (2008). Evolución histórica del concepto de contabilidad y los cambios sociales, económicos y políticos que la acompañaron. *Informes de Investigación*, (10), 50—68.

Morin, E. (2000). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa. Sen, A. (2000). Notas, comentarios y trabajos en programa. *Valores y prosperidad económica: Europa y Asia*. Recuperado de <http://www.ngov.org/ngov/pnud/revista/rev2/nota0101.htm> Smith,

A. (1958). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

_____. (1997). *La teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza Editorial. Vlavianos-

Arvanitis, A. (2001). *Biopolítica – Bio-cultura: cooperación internacional para un brillante futuro*. *Bioética desde América Latina*, (1), 53—70. Weber, M. (1999). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península

Texto tomado del artículo

Aquel, Sandra. La ética como eje transversal en la formación del contador público. *Actualidad Contable FACES Año 13 N° 21*, Julio- diciembre 2010. Mérida. Venezuela (5-16)